

Todos se habían puesto en pié y nadie se atrevió á añadir algo mas. La impresion que habían hecho Alejandro al exponer su proyecto y Guillermo con sus elogios, era demasiado profunda y poderosa, para dar lugar aún á otros sentimientos. Alejandro, el gigante de inteligencia, caminaba silenciosamente al lado de los suyos, para pasar una noche feliz y agradable bajo el techo protector de la casa paterna.

CAPITULO X.

Las lecturas públicas.

Alejandro de Humboldt había comenzado sus lecturas públicas, y el efecto que producian era inmenso. Todos los periódicos hablaban de ellas; y de grandes distancias venian multitud de personas para oirlas. Los salones de la universidad en Berlin ya no eran suficientes para contener la muchedumbre, por este motivo se vió obligado Alejandro de Humboldt á dar sus lecturas en un departamento del *Orfeon*.

Era el dia en que por primera vez debian tener lugar en este punto. Dos horas antes de que comenzáran, un inmenso gentio tenia invadidas las calles inmediatas

á la academia, y cuando abrieron las puertas, se agolpó la gente con tal fuerza á la entrada, que se oían gritos de dolor, se despedazaban los vestidos, y muchas personas que caían al suelo eran pisoteadas y lastimadas. Aquí un señor buscaba su reloj, acullá un hombre la falda de su casaca; á su lado se pisaba el vestido de una niña, habia muchos sombreros aplastados, algunas señoras gritaban en vano por sus zapatos y chales, que perdían en el bullicio. Pero todo esto nada importaba, con tal de que se consiguiera un asiento, donde se pudiera oír al grande hombre, al héroe del día.

Paulatinamente fueron ocupados los asientos reservados, por empleados de alta categoría, por forasteros que la fama de Humboldt habia traído á Berlin expresamente para oírle, por una gran parte de la nobleza y por los corifeos de la ciencia, así como del buen tono. Entre las damas se veían, fuera de la señora de Humboldt, su hija y la señora de Hedemann, Raquel de Varnhagen, Bettina de Arnim, Carlota de Kalb, la condesa de Schlaberndorf, las princesas de Radziwill y de Carolath, la condesa de Pachte y una multitud de estrellas de primera magnitud del cielo social de Berlin. También el príncipe de Wittgenstein y Guillermo de Humboldt habian ocupado ya sus asientos, y platicaban con Schleiermacher, Hegel, Rauch y Tieck. El poeta Tieck, hermano del último, se hallaba también allí, y habia venido expresamente con este objeto de Dresde.

A la hora acostambada abrieron la puerta principal,

y entró la corte, el rey y todo el personal de la casa real. Al lado de su amigo, el heredero de la corona, hizo al fin su entrada Alejandro de Humboldt.

Toda la concurrencia se puso en pié, guardando un silencio respetuoso. Después de haber ocupado sus respectivos asientos, subió á la tribuna el hombre héroe del día y de los siglos, la *majestad en el reino de la inteligencia*: Alejandro de Humboldt.

Un silencio sepulcral reinaba en el inmenso salón, enteramente lleno. Todas las miradas se dirigían al célebre hombre, cuyas facciones expresivas y llenas de benevolencia le atraían la simpatía de los concurrentes. Al fin comenzó de la manera siguiente.

—«La historia de la contemplación del mundo físico, es la del conocimiento del conjunto en la naturaleza, la manifestación de la tendencia de la humanidad para comprender la acción simultánea de las fuerzas en el espacio terrestre y celeste; ella señala por consiguiente las épocas del progreso en la generalización de las opiniones; ella es una parte de la *historia de nuestro mundo de ideas*, por cuanto esta parte se relaciona con los objetos de fenómenos físicos con la configuración de la materia esférica y de las fuerzas que contiene.

Ante todo, se debe distinguir cuidadosamente entre un *presentimiento* anterior y un *verdadero saber*. Con el aumento de la civilización del género humano, se transforma el presentimiento en saber, y esta transición ha oscurecido desde tiempos remotos la historia, y entur-

biado la ciencia. Una liga ingeniosa é ideal de las investigaciones anteriores oculta con frecuencia casi sin saberlo el presentimiento, y le eleva como por una fuerza espiritual. ¡Cuántas cosas no se han dicho por los griegos y los habitantes de la India, así como en la Edad Media, sobre la continuidad de los fenómenos de la naturaleza, primeramente demostrados y mezclados con las mas infundado, pero en tiempos mas modernos, apoyados por la experiencia y despues reconocidos *científicamente*. La imaginacion adivinadora, la accion vivificante del espíritu, que han obrado en *Platon*, en *Colón* y en *Keppler*, han contribuido tambien para allanar á la reina del espíritu, la ciencia, el audaz vuelo hácia la fuente originaria del saber'»

Y Humboldt continuó con una gran elocuencia, explicando como se habia perfeccionado paulatinamente la idea de la *unidad* de los *fenómenos*, primeramente por la propia tendencia de la razon hácia el conocimiento de las leyes de la naturaleza; por consiguiente, por una *contemplacion reflexiva* de los fenómenos; despues por el descubrimiento de nuevos medios de observacion, ó por decirlo así, el descubrimiento de nuevos órganos, que ponian al hombre en contacto mas inmediato con los objetos terrestres, así como con los espacios mas distantes del universo, y finalmente, *por los acontecimientos que ensanchaban repentinamente el horizonte de la observacion*.

Y guiado por este triple punto de vista, expuso la *historia propiamente dicha del Kosmos*.

Habló del conocimiento de la naturaleza de los griegos, representándole originado mas de la contemplacion anterior y no de la observacion de los fenómenos. Luego mencionó la filosofía natural de los fisiólogos jónicos, el símbolo matemático de los pitagóricos, la escuela dórico-italiana..... y todo esto con una claridad y sencillez suma, sin usar de esa fraseología latina, que acostumbraban generalmente los doctos de aquella época, de los cuales algunos se hallaban presentes, esperando en vano ese lujo pedantesco en la aplicacion de palabras en latin. Alejandro era un fenómeno enteramente nuevo de una época grande, de la cual era la rutilante estrella matinal; probando por hechos que los verdaderos sabios no debian formar una casta por separado..... que tambien en el pecho del sabio; junto á la inmensidad del saber, debia latir un noble corazon por el bien, la cultura y el engrandecimiento moral é intelectual de la humanidad.

Alejandro prosiguió en su discurso, llevando á su auditorio de siglo en siglo, de la civilizacion mas remota de los griegos, de los ensayos de navegacion lejana entre los Argonautas, hasta las guerras de los Macedonios bajo el gobierno de Alejandro el Grande; de la Grecia, rodeada de mares, hasta el Nilo, de este al Eufrates, el Xaxartes é Indo.—Lleno de grandeza y entusiasmo, pero con una calma reposada, describió á sus oyen-

tes la dominacion de Roma, demostrando la influencia de una gran confederacion de Estados sobre las opiniones *Kosmicas*. Mas y mas tomó figura el cuadro interesante, desde los Arabes hasta la marcha del desarrollo de civilizacion Europea.

Horas enteras habian pasado..... y cuando al fin concluyó Alejandro de Humboldt, se notaron señales de viva aprobacion en toda la sala, lo que demostró la profunda y grandiosa impresion que habia hecho la lectura. Todo el mundo estaba asombrado de un saber tan colosal, de un lenguaje tan claro y del aspecto tan imponente á la vez que simpático del grande hombre. El rey Federico Guillermo, estrechando la mano de Humboldt, le dijo:

—Querido Humboldt, os agradezco sobremanera el haberme proporcionado unas horas tan deliciosas. Tambien hoy habeis llenado con gran perfeccion el hermoso y grande deber, que el hombre de talento tiene para con el pueblo..... *el deber de instruir al mismo pueblo con el rico tesoro de sus conocimientos y opiniones, y de este modo elevarlo hácia sí mismo.*

—Sire, contestó Alejandro de Humboldt, volviendo el apretón de manos al rey, *el cumplimiento de este deber es una necesidad de mi corazón y de mi espíritu.*

Tambien el príncipe heredero y los demas de la corte dirigieron palabras de reconocimiento á Alejandro de Humboldt; luego salieron del salon, y despues la muchedumbre, que expresaba en voz alta su satisfaccion.

Guillermo de Humboldt dijo al salir á su esposa:

—Alejandro es efectivamente un *poder!*

—¡Es cierto! contestó esta; y ha adquirido por estas lecturas *una nueva gloria.*

El director del Observatorio de la Universidad de Greifswalde, Dr. Wolff, que tambien habia estado presente, preguntado por el director del gimnasio, Heinemann, respecto de su opinion sobre las lecturas, dijo:

—Debo confesar, que quedé asombrado del inmenso saber del señor consejero Humboldt. *Justicia regnorum fundamentum.* Es en efecto un talento enciclopédico!..... Pero.....

—¿Pero? repitió sorprendido el otro. ¿Puede haber aquí un pero? Si otros sabios siguen su ejemplo, aumentará el saber en nuestra querida Alemania dentro de diez años de tal modo, que ninguna nacion del mundo podrá ponerse á su lado.

—O la casta venerable de los doctos, dijo el profesor Wolf con tono enojado, se desprende de su dignidad, la república del saber se disuelve y en las cabezas de los pueblos se acumula un *Tohu-Wabohu* (confusion) de un saber á medias, que se reirá con desearo de la venerable disciplina y de nosotros, los sacerdotes de la sabiduría.

—En esto tendrán la culpa los mismos doctos, contestó el director Heynemann, si quedan á medio camino ó no siguen el noble ejemplo de Alejandro de Humboldt. Hoy se ha demostrado verdaderamente este hombre

magnífico como una grandeza intelectual, desarrollando una fuente inagotable de saber ante sus compatriotas, y todo el mundo habrá experimentado como yo, el presentimiento de una nueva y grandiosa época. ¡Sí! el pueblo alemán está maduro para una educación superior y sería hacerle traición, quererle privar de la posibilidad de adquirirla. Si Humboldt publica estas lecturas, serán para las naciones un nuevo evangelio, y estoy seguro que le seguirán nuestros hombres de más mérito y de más saber, cada uno según sus esfuerzos y en su círculo, y de este modo será un placer, considerar cuanto habrá aumentado, después de un decenio, la educación general en Alemania. Sí, señor mío, hoy siento orgullo de ser alemán!

En aquel momento resonó en la calle un víctor, que repetía: «¡Viva Alejandro de Humboldt!» exhalado de mil bocas.

—¡Ahí lo teneis, dijo Heynemann; estos son los estudiantes!..... este es el grito de una nueva era, con el cual saluda el pueblo la aparición de una nueva estrella!

—¡Que viva Alejandro de Humboldt! volvieron á gritar, porque éste acababa de salir de la puerta de la academia. En una gran hilera se habían colocado los estudiantes, con hachas encendidas en sus manos y detrás de ellos había un gentío inmenso que repetía con entusiasmo estos vivas.

Alejandro; el hombre de las nobles facciones llenas de inteligencia y bondad de corazón, lleno de una calma

sublime y verdadera humanidad en todo su aspecto; este hombre se halló conmovido y una lágrima de agradecimiento y de gozo brilló en sus ojos.

Repentinamente resonó, cantada por multitud de voces, la magnífica canción de Arndt, que en aquel tiempo estaba prohibida «Sind wir vereint zur guten Stunde» (Estamos reunidos aquí en buena hora.)

Y acabada esta canción solemne, volvieron á resonar los vivas, y las estrellas brillaban con más fuerza; parecía que también ellas sintieron orgullo y placer por la grande estrella hermana, que había aparecido á la humanidad en su cielo intelectual.